

6 de junio de 2021 - Fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo "B"

Éxodo 24:3-8; Hebreos 9:11-15; Marcos 14:12...26

Homilía

Cuando celebramos la Eucaristía, recordamos la última cena de Jesús con sus discípulos, cuyo relato acabamos de leer tal y como nos lo cuenta el evangelista Marcos. Para nosotros, cuando lo celebramos, es un sacramento, un gesto ritual, un recuerdo. Pero para Jesús y sus discípulos no era un ritual, era una comida real. Y es importante recordarlo, si queremos entender esta historia. En efecto, cuando Jesús dice *"Esto es mi cuerpo"*, ofreciéndoles el pan, está efectivamente allí, en cuerpo y huesos, ante ellos, todavía muy vivo.

Centrémonos, en primer lugar, en algunas palabras o expresiones de este relato de San Marcos, muy rico en símbolos y referencias bíblicas, centrándonos en algunos casos en el texto original, cuyas traducciones litúrgicas oficiales omiten muchos matices. Al enviar a sus discípulos a la ciudad -una ciudad que no se nombra, por cierto-, Jesús les dice que se encontrarán con *"un hombre que lleva un cántaro de agua"*. Les dice que sigan a este hombre y que, cuando entre, le digan al dueño: *"El amo nos ha enviado a decir: "¿Dónde está mi morada donde pueda celebrar la Pascua con mis discípulos?"* Obsérvese que no se limita a decir: *"¿Dónde está la habitación?"* (traducción oficial), sino más bien dónde está *"mi sala"*, o mejor *"mi lugar de descanso"*.

Los comentaristas han señalado que en la cultura judía de la época era bastante inverosímil que un hombre llevara un cántaro de agua. Este fue el trabajo de las mujeres. En realidad, el hombre que lleva el agua es una representación simbólica de Juan el Bautista. Así, Marcos cierra un largo bucle que comenzó al principio de su Evangelio con el relato del bautismo de *Juan y las palabras de éste a sus propios discípulos señalando a Jesús y diciendo: "Éste es el Cordero de Dios; seguidle"*. Jesús ha llegado al final de su viaje, que se traduce en lo que él llama *"mi lugar de descanso"* o *"mi casa"*. Entonces les dice a sus discípulos que sigan a este hombre, la figura de Juan, al que no deben decir nada, sólo seguirlo. Es al dueño de la casa en la que entrará, que representa a su Padre, a quien dirán que el maestro pregunta: *"¿Dónde está mi morada?"*.

El relato de la comida en Marcos tiene dos partes: La primera, que se ha omitido en nuestra lectura, es aquella en la que Jesús dice: *"Uno de vosotros me traicionará, uno que come conmigo"*. Y

añade: "*El Hijo del Hombre va como está escrito.*" Con estas palabras Jesús expresa claramente la aceptación de su próxima muerte. Y es a la luz de esta aceptación que debemos entender lo que sigue.

A continuación, Jesús toma el pan, pronuncia la bendición, parte el pan y se lo da a sus discípulos, diciendo, mientras está todavía muy vivo ante ellos: "*Esto -que tengo en mis manos y pongo en las vuestras- es mi cuerpo.*" El cuerpo, para un judío, no era una parte del compuesto humano, ciertamente no un cuerpo separado del alma, menos aún un cuerpo separado de la sangre que lo anima. El cuerpo era todo el ser humano, con toda su identidad, incluida su historia. Al invitar a sus discípulos a tomar su cuerpo, Jesús les invita a aceptar su persona, todo lo que vivió entre ellos, como norma de vida.

El texto de Marcos no dice que los discípulos comieran el pan.

Entonces Jesús tomó la copa, dio gracias, la pasó y todos bebieron de ella. Y después de haberla bebido, les dijo en una frase que la versión griega de Marcos puede entender de dos maneras: o bien: "*Esta es mi sangre, la sangre de la alianza*" -que es la traducción más común- o bien: "*Esta es la sangre de mi alianza*", que prefieren algunos exégetas modernos. De cualquier manera, lo que Jesús está diciendo a sus discípulos es que si van a aceptarlo realmente como su norma de vida, deben estar dispuestos a ir tan lejos como él en su entrega. Deben estar dispuestos a dar su vida, si es necesario, por amor. La muerte que acepta, por fidelidad a su misión, es la alianza de amor que establece con ellos - "*mi alianza*"- y que sustituye a la antigua alianza de Dios con el pueblo de Israel.

De hecho, todos juntos -excepto Judas, que ya los ha abandonado- parten hacia el Monte de los Olivos. Todos ellos, de hecho, seguirán a Jesús en el último testimonio de amor, con el paso de los años.

Al celebrar la Eucaristía en memoria de lo que Jesús fue e hizo por nosotros, no sólo nos comprometemos a tomarlo como modelo y guía, sino que nos comprometemos a seguirlo hasta el final, como él nos amó hasta el final. Aunque ninguno de nosotros sepa qué significará en la práctica ese "*hasta el final*".

Armand VEILLEUX